KING

Tributo al Rey del Terror

Jorge Luis Cáceres (comp.)

Mariana Enríquez | Juan Terranova | Nico Saraintaris | Ariel Idez
Edmundo Paz Soldán | Jorge Enrique Lage | Francisco Ortega
Jorge Luis Cáceres | Patricia Esteban Erlés | David Roas | Espido Freire
Marina Perezagua | Javier Calvo | Pilar Adón | Alberto Chimal
Antonio Ortuño | Alexis Iparraguirre | Santiago Roncagliolo

INTERZONA

Jorge Luis Cáceres (comp.)

KING
TRIBUTO AL REY DEL TERROR

INTERZONA

INTERZONA

King : tributo al Rey del Terror / Mariana Enríquez ... [et.al.] ; compilado por Jorge Luis Cáceres. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Interzona Editora; La Biblioteca de Babel, 2015.
208 p. ; 21x13 cm.

ISBN 978-987-3874-13-0

1. Literatura Latinoamericana. 2. Cuentos. I. Enríquez, Mariana
II. Cáceres, Jorge Luis, comp.
CDD HA860

© Jorge Luis Cáceres, 2015

© De los textos, los autores: Mariana Enríquez, Juan Terranova, Ariel Idez, Nicolás Saraintaris, Edmundo Paz Soldán, Jorge Enrique Lage, Francisco Ortega, Jorge Luis Cáceres, Patricia Esteban Erlés, David Roas, Espido Freire, Marina Perezagua, Javier Calvo, Pilar Adón, Alberto Chimal, Antonio Ortuño, Alexis Iparraguirre, Santiago Roncagliolo, 2015

© interZona editora, 2015
Pasaje Rivarola 115
(1015) Buenos Aires, Argentina
www.interzonaeditora.com
info@interzonaeditora.com

© La Biblioteca de Babel, 2015
Quito, Ecuador

Coordinación editorial: Victoria Villalba
Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra
Composición de interior: Silvia Garrido
Corrección: Bettina Villar
Foto de tapa: ShutterStock
Composición de tapa: Victoria Villalba

ISBN 978-987-3874-13-0

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Nota del compilador

Derry les da la bienvenida

Mi primer encuentro con la obra de Stephen King se dio en la difunta librería Studium, de la avenida 10 de agosto en la ciudad de Quito. Cuando era chico, mi padre tenía la costumbre de llevarme cada fin de mes a la librería para que escogiera el libro que más me gustara con la única condición de terminar de leerlo. En uno de los estantes de la sección de jóvenes lectores encontré el ejemplar de *La torre oscura III: Las tierras baldías*. En la solapa la figura de King sobresalía en relieve bajo una amplísima inscripción que rezaba: "El maestro del terror". Para dividir cada capítulo había ilustraciones a color y dibujos en blanco y negro de un peregrino con imagen de pistolero. Esa misma noche arranqué con la lectura y me volví una especie de máquina devoradora de libros, y aquel hombre se convertiría como en el mítico relato de Pandora, en el hacedor del mal que permite escapar a los miedos para convertirlos en literatura.

De este modo en el año 2012 decido darme a la tarea de realizar una cartografía iberoamericana de escritores que tengan como referente la obra de Stephen King y descubro una fascinación y, hasta cierto punto, un fanatismo comparado solo con una estrella de rock. La pregunta que me haría entonces sería ¿por qué no se le ocurrió a otra persona hacer este homenaje, si muchos lo tenían pensado? De no ser así, la convocatoria para esta antología habría sido tan limitada que no hubiese tenido sentido publicar un libro de estas características que se concretó en una primera edición publicada en Ecuador bajo

el titulo *No entren al 1408, antología en español tributo a Stephen King,* gracias a Editorial La Biblioteca de Babel de Quito, en el año 2013 y reeditado en México por La Cifra Editorial y el Conaculta, en julio del 2014.

Los cincuenta años desde la publicación del primer cuento de Stephen King, que apareció "en un fanzine de terror dirigido por Mike Garrett, de Birmingham (Alabama), bajo el título *In a Half-World of Terror*, o como el autor lo bautizó originalmente *I Was a Teenage Graverobber* (1965)"[1], interZona editora los quiere celebrar con la tercera edición de esta antología, a manera de tributo que crece y se transforma en *Tributo al Rey del Terror*, y que cuenta con la participación de destacados escritores de España, Ecuador, Bolivia, Argentina, México, Perú, Chile y Cuba, y con once relatos inéditos escritos especialmente para este libro; con el afán de explorar los temas planteados en la obra de Stephen King, como la extrañeza, lo insólito, el terror en su máxima expresión o lo fantástica que puede resultar la vida cotidiana. Este libro plantea la formulación del miedo como algo muy personal, es decir: "lo que nos asusta varía ampliamente de un individuo a otro"[2]. Por tal razón no hay que tomar esta antología como un catálogo de horrores intertextual con la obra de King, sino como una concepción individual del miedo. "Lo que vale es la historia, no el que la cuenta"[3].

Stephen King en diálogo con Iberoamérica

Poniendo en práctica los principios propios de una creación canónica que pretende definir varias claves de lectura del género

---

1 Stephen King, *Mientras escribo*, Plaza & Janés Editores, 2001, p. 31.

2 Stephen King, "1408", en *Todo es eventual*, p. 277.

3 Stephen King, "El hombre que no quería estrechar manos" en *Skeleton Crew*, p. 34.

fantástico, en especial del terror iberoamericano, este libro (*King. Tributo al Rey del Terror*), representa una cartografía de miedos y obsesiones que tienen los autores y que están distribuidas geográficamente en Santiago, Buenos Aires, Quito, Barcelona, Madrid, Lima, México D.F., La Habana, etc; es decir, este libro es una muestra de que los horrores, si están bien escritos, pueden ser desarrollados en cualquier territorio, lugar o escenario. En la actualidad ya no es extraño ver zombis o autos malditos en Quito o en La Paz. Lo extraño sería no verlos.

De igual manera, así como Borges pudo condensar lo insólito y el estupor en su máxima expresión a través de su *Libro de arena* (1975), los nuevos narradores se plantean múltiples posibilidades para enfrentar lo fantástico por intermedio de la fragmentación de una parte de la realidad para transgredir con ese efecto la normas comúnmente establecidas sobre lo que consideramos y aceptamos como real. Para Stephen King, "no hay ningún Depósito de Ideas, Central de Relatos o Islas de los *Best-sellers* Enterrados"[4] que pueda reemplazar la interrelación con la lectura y con la obra de otros escritores que resuelven problemas esquemáticos o de estructuras como el argumento, y que él mismo reconoce al mencionar que, cuando estaba escribiendo la novela *Misery* echó mano de la sinopsis, gracias al escritor Edgar Wallace "cuyas novelitas hacían furor en los años veinte y fue quien inventó (y patentó) un artilugio que llevaba el nombre de *rueda Edgar Wallace de argumentos*"[5]. De este modo, lo que pretendo mencionar es que los textos planteados en este libro han asimilado los conceptos sobre el cuento de larga tradición latinoamericana y asimilado los conceptos sobre las nuevas estructuras y personajes que presenta la literatura norteamericana (quizá muy rica en los

---

4 *Ibíd*, p. 33.

5 *Ibíd*, p. 130.

géneros de terror y ciencia ficción) y que muestran en su obra al fantasma acechante de King, que ronda en sus cuentos a veces como Pennywise, otras como un ser arcano venido de un más allá desconocido, y casi siempre como la idea martillante en la mente del asesino o la voz latente y sedienta de sangre que desmenuza la cultura estadounidense, sus costumbres más arraigadas, su fanatismo religioso, y que da origen al mito de los pequeños poblados como territorios malditos donde transitan monstruos, payasos, automóviles poseídos y escritores atormentados bajo la sombra de Dr. Jekyll y Mr. Hyde.

King reconoció al terror como "la principal emoción del ser humano, así que trato de aterrorizar al lector"[6], y se ha vuelto un ícono de la cultura popular, uno de los imprescindibles como Edgar Allan Poe, H.P. Lovecraft, Robert Bloch, Ray Bradbury, Richard Matheson o el propio Jorge Luis Borges.

Jorge Luis Cáceres
Hotel Dolphin, febrero de 2015

---

6 Stephen King, *Danza macabra*, p. 22.

Todos los escritores tienen un pasadizo que baja al subconsciente. Pero el que escribe relatos de terror tiene un pasadizo que baja aún más.

***IT*, Stephen King**

Los escritores tal vez inviten a los fantasmas. Junto con los actores y los artistas, son los únicos médiums que acepta totalmente nuestra sociedad.

***La mitad oscura*, Stephen King**

Lo que vale es la historia, no el que la cuenta.

***Skeleton Crew*, Stephen King**

Los Domínguez y el Diablo

Mariana Enríquez

La puerta de la habitación estaba abierta y Verónica entró. Su mamá seguía acostada, con los ojos abiertos; no dormía. En la mesa de luz se acumulaban varios vasos, algunos vacíos, otros con jugo de naranjas, agua, gaseosa ya sin burbujas; pañuelos de papel, un reloj despertador con la alarma apagada, el teléfono móvil con la batería baja. Verónica se arrodilló ante la cara hinchada, pálida, de su madre: no sabía qué decirle. Ella también estaba triste, ella también extrañaba a Martín, pero no quería seguir encerrada en la casa, con todo el verano afuera, los gritos de los chicos en las piscinas de las casas vecinas, las colas de gente en la heladería de la esquina y el cielo de un celeste completo, sin manchas blancas, tan cercano que parecía al alcance de la mano si uno se ponía en puntas de pie, extendía el brazo y cerraba los ojos. Verónica no aguantaba más esa casa que, por cerrada, conservaba la frescura de una primavera fría y no quería seguir pensando en los últimos días de Martín, que había ido lleno de miedo a la cirugía, que nunca, nunca, se había creído las palabras optimistas de sus padres, de sus médicos, de nadie.

—Mamá —dijo—. Mariela me invitó a la pileta. ¿Puedo ir?

Mariela era nueva en el barrio –se había mudado con su familia a la casa de la esquina, una de las más grandes de la cuadra, hacía apenas tres meses–. Solían verse en la parada del colectivo cuando lo esperaban juntas para ir al colegio, y a veces se cruzaban en el minimercado o en el kiosco: Verónica estaba a

cargo de las compras desde hacía semanas porque su madre ni siquiera se levantaba de la cama, y su padre, cuando volvía del trabajo, se sentaba a llorar frente al televisor.

A veces Verónica creía que exageraban el duelo, que la muerte de Martín les dolía *demasiado*. ¿Sería porque ahora debían conformarse apenas con ella? La habitación de Martín seguía intacta, como solía pasar en las películas trágicas que pasaban los sábados a la tarde: nadie había tocado los carteles de Nirvana y de los White Stripes, ni la guitarra eléctrica apoyada contra la pared, ni siquiera los medicamentos que brillaban bajo el sol, sobre el escritorio. Habían pasado cuatro meses y Verónica creía que, si seguían sin atreverse a tocar esa habitación –que quedaba al lado de la suya– se llenaría de polvo y de algo más, de una presencia flotante, escondida. Ella ya la sentía. No entraba a la habitación de Martín salvo que estuviera obligada a hacerlo, porque creía que él, con sus labios azules y sus dedos azules y el tubo de oxígeno con rueditas, la esperaba detrás de la puerta. Su madre, dos veces, le había pedido que trajera de la habitación la *laptop* de Martín: la quería para leer sus archivos, mirar sus fotos, recordar y llorar. Las dos veces Verónica había entrado corriendo a buscar la computadora, siempre imaginando que Martín salía del armario, con los ojos hundidos y susurrando: *no te lleves mis cosas, no miren mis cosas, no te metas, hija de puta.*

O peor: cuando imaginaba que Martín estaba todavía en la cama, se levantaba con los cables y tubos que le habían puesto en el hospital colgando de los brazos –y con los dedos largos y azules; eran tan extrañas esas manos de ahogado, tenían ese color por la falta de oxígeno– y le gritaba *por qué yo, por qué vos no, por qué a mí, por qué vos no.*

—Quién es Mariela —dijo su madre.

—Es la vecina nueva, de la esquina. Me invitó a la pileta.

Su madre la miró con ojos llenos de desprecio y de reproche. Cómo podía querer dormir al sol, refrescarse, jugar y reír en el

agua de enero después de la muerte de su hermano, eso decían los ojos irritados de su madre. Pero en cambio dijo:

—Claro, claro.

Verónica buscó su bikini, que estaba perdido en el cajón de la ropa interior, y lo guardó en la mochila, junto a una gaseosa bien fría para convidarle a Mariela y una toalla. Cuando cerró la puerta y guardó las llaves en el bolsillo del jean, sintió que se alejaba de una bóveda helada y el sol la encandiló, como si ella también fuera una pequeña muerta que volvía a conocer los días.

* * *

Era sábado por la tarde, y la familia de Mariela descansaba del asado bajo el toldo del patio. La madre, gorda y hermosa, de pechos inmensos y un pareo de tela hindú que le cubría las caderas, le presentó al resto de la familia. Osvaldo, el padre, llevaba anteojos negros aunque estaba a la sombra; Paulina, la hermana mayor, estaba vestida como si fuera otoño, con una remera de mangas largas y pantalones anchos: parecía que no le gustaba la pileta. Tenían dos perros, Lula y Bauer, que saltaban excitados.

—Mariela ya viene —dijo Julia, la madre—. Fue a comprar helado. ¡Nos olvidamos del postre!

Paulina le ofreció un vaso de Coca Cola y le preguntó si quería comer algo: habían sobrado chorizos, podían hacerle un sándwich, o un plato de ensalada, si prefería. Verónica dijo que no de pura vergüenza: en su casa la comida no faltaba pero era siempre la misma dieta de congelados, hamburguesas y pizza. Hubo un silencio incómodo y Verónica vio cómo los padres de Mariela intercambiaban miradas. Fue la madre, finalmente, la que se atrevió:

—Nos contó Mariela que tu hermano murió hace unos meses.

Verónica no contestó. Pero la madre de Mariela insistió:

—¿Cómo están tus padres?

—Bien.

Otro silencio. Solamente se escuchaban a los perros, peleando por un hueso, que resoplaban en el calor del patio.

—Si necesitan ayuda, estamos a disposición.

—Ayuda espiritual —agregó Paulina mientras servía Coca Cola—. Somos cristianos. ¿Ustedes son cristianos?

Verónica tuvo que admitir que no.

—Ah, pero nunca es tarde para Dios —dijo Paulina.

Mariela llegó en ese momento, con un kilo de helado en un pote de telgopor, envuelto en una bolsa de plástico. Lo dejó sobre la mesa para saludar a Verónica: parecía contentísima de verla. Ella misma sirvió el helado en unas copas que llamó "especiales". Mariela estaba bronceada y olía a coco; ni bien terminó de tomar su helado corrió hasta la pileta y se zambulló con un golpe de agua que asustó a los perros e hizo enojar a su madre. Verónica la siguió con cautela: entró al agua cuidadosamente, un pie por vez, después los muslos, el vientre, hasta que hundió la cabeza bajo el agua y ahí, en esa tranquilidad celeste, con los pulmones llenos de aire y la boca bien cerrada, pensó que nunca, nunca quería volver a su casa.

* * *

Las visitas a la casa de la esquina duraron todo el verano y, de a poco, se fueron haciendo más extensas. Verónica empezó a llamar a la familia por su apellido: los Domínguez. Así pedía permiso cada vez que iba a visitarlos. Sencillamente gritaba: "Mamá, me voy a lo de los Domínguez". Sus padres nunca querían retenerla. A fines de enero, Verónica empezó a quedarse a dormir en casa de los Domínguez. El único día que no visitaba a los Domínguez era los domingos: la familia entera iba al Culto, como llamaban a su iglesia. Si al principio la familia de la esquina le había

parecido ideal, ahora que las tardes volvían a ser frescas y la escuela aparecía en el horizonte como una tormenta amenazante, los Domínguez ya habían mostrado algunas de sus fallas. La casa tenía demasiados cuadros religiosos, escenas que Verónica no podía comprender pero le parecían vagamente amenazantes o violentas: un hombre de barba blanca metiendo la mano entre las costillas descarnadas de Jesús; el Cristo con dos hombres a cada lado, las manos retorcidas por los clavos, la sangre chorreando sobre la madera; una estatua blanca que miraba arder a una ciudad, el fuego del incendio en el horizonte de la noche. Y la peor de todas: Jesús abriéndose el pecho con las manos, dejando el corazón a la vista, un corazón muy rojo rodeado de llamas o alas; trataba de mirarlo lo menos posible, de olvidar los detalles, le recordaba a Martín, a la operación.

Tampoco le gustaba la abuela: había pasado todo el mes de enero sin conocerla, porque la anciana pasaba el principio del verano con su otra hija, la tía de Mariela, hermana del padre. Había vuelto una mañana, cuando todos tomaban el desayuno –jugo de naranjas, leche chocolatada– en la cocina. La abuela tenía el pelo muy largo y completamente blanco peinado en una larga trenza y, como el padre, usaba anteojos oscuros. Era un problema en los ojos, le había explicado Mariela: los dos tenían fotofobia, si no usaban anteojos les dolía tanto la cabeza que no podían levantarse de la cama. Verónica saludó a la abuela con un beso pero fue como besar a una muñeca. No se movía, no respondía de ninguna manera. Con los días se enteró de que estaba muy enferma y que no tenía energía más que para ver televisión en su cuarto, leer la Biblia e ir al baño. Verónica se la había cruzado yendo al baño, por la noche: no llevaba puestos los anteojos y en la oscuridad los ojos le brillaban como llamas de fósforos, como si tuviera las cuencas huecas y, a través de los agujeros, se pudiera ver el fuego que la consumía por dentro. No volvió a dormir esa noche y se la pasó escuchando la respiración

ÍNDICE

Nota del compilador 7

Los Domínguez y el Diablo 13
Mariana Enríquez *(Argentina)*

La masacre del equipo de vóley 29
Juan Terranova *(Argentina)*

El Pedregoso 43
Nicolás Saraintaris *(Argentina)*

La lectura 51
Ariel Idez *(Argentina)*

La invasión 57
Edmundo Paz Soldán *(Bolivia)*

Pure fiction days 69
Jorge Enrique Lage *(Cuba)*

Setenta y siete 79
Francisco Ortega *(Chile)*

Sonrisas 95
Jorge Luis Cáceres *(Ecuador)*

El juego 107
Patricia Esteban Erlés *(España)*

Duplicados 113
David Roas *(España)*

La vejez de las gemelas
de El Resplandor 121
Espido Freire *(España)*

Las islas 125
Marina Perezagua *(España)*

Los niños perdidos de Londres 133
Javier Calvo *(España)*

Plantas aéreas 145
Pilar Adón *(España)*

La gente buena 153
Alberto Chimal *(México)*

El horóscopo dice 161
Antonio Ortuño *(México)*

El hombre en el espejo 169
Alexis Iparraguirre *(Perú)*

El pozo 185
Santiago Roncagliolo *(Perú)*

Sobre los autores 189

Créditos 199

Crítica 201

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?
Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA